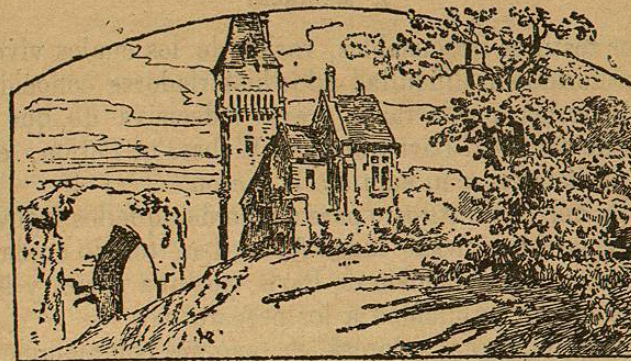


caba, no pestañeó y se obstinó en hacer frente, ese, antes del 10, en un peligro menos eminente, con seguridad que no tembló.

Respecto de Vergniaud, no tiene duda. Dió su opinión en presencia de cerca de doscientos diputados. Contra la opinión de la mayor parte de sus amigos, dijo: «*Que era en París donde se necesitaba asegurar el triunfo de la libertad ó perecer con ella*; que si la Asamblea salía de París, no podía ser más que como Temístocles, con todos los ciudadanos, no dejando sino cenizas, no huyendo un momento ante el enemigo más que para cavar su sepulcro.» Vergniaud y Danton pensaron como Richelieu, cuando la reina Enriqueta le mandó preguntar si podría refugiarse en Francia. Escribió al margen de la carta: «Será preciso decir á la reina de Inglaterra que el que abandona su sitio le pierde?»—Y Luis XI, decía: «Si pierdo el reino y me salvo con París, me salvo con la corona en la cabeza.»

¿Cómo iban á arreglarse para resistir en París? Lo primero que había que hacer era hacerse dueños de él. Pero París no podía apoderarse de París en tanto que el amigo de los prusianos estuviese en las Tullerías. Por las Tullerías era por donde había de comenzarse la guerra.

¿Se conseguiría de un pueblo poco aguerrido hasta entonces, un momento de cólera generosa, un violento acceso de heroísmo que hiciese aquella locura sublime? Era muy dudoso. Aquel pueblo parecía demasiado miserable, abatido quizás bajo el peso de sus males. El giron-dino Grangeneuve, en el ardor de su fanatismo, pidió por favor al capuchino Chabot que le levantase la tapa de los sesos una noche, en una callejuela, para ver si aquel asesinato, que con seguridad se habría achacado á la corte, decidía el movimiento. El capuchino, hombre de pocos escrúpulos, se encargó del asunto; pero en el momento preciso tuvo miedo, y Grangeneuve estuvo toda la noche esperando en vano la muerte, desolado por no poderla obtener.



CAPITULO VII

La víspera y la noche del 10 de Agosto

Como se ha desfigurado la historia del 10 de Agosto.—El 10 de Agosto estaba previsto.—Varios reclaman la iniciativa del 10 de Agosto.—La Asamblea declara que no procede acusar á Lafayette (8 de Agosto).—Se desespera ya de que la Asamblea pueda salvar la patria (8 de Agosto).—Preparativos del combate (9 de Agosto).—Las probabilidades en favor de la corte eran muy grandes.—El somatén, la noche del 10 de Agosto.

No conozco ningún suceso de los tiempos antiguos ni modernos que haya sido más completamente desfigurado que el 10 de Agosto, más alterado en sus circunstancias esenciales, más cargado y oscurecido con accesorios legendarios ó falsos.

Todos los partidos, á porfía, parece que han conspirado para exterminar la historia, hacerla imposible, enterrarla, sepultarla de modo que no pueda ser encontrada jamás.

Varios aluviones de mentiras de sorprendente espesor han pasado por encima. Si habéis visto las orillas del Loire después de las inundaciones de los últimos años, de qué modo ha sido la tierra removida, los enormes montones de fango, de arena, de guijarros, bajo los cuales han desaparecido campos enteros, tendréis una ligera idea del estado en que ha quedado la historia del 10 de Agosto.

Lo peor es que grandes artistas, no viendo en estas tradiciones, verdaderas ó falsas, más que objetos de arte, se han apoderado de ellas, las han hecho el honor de adoptarlas, las han empleado hábilmente, magníficamente, consagrándolas con estilo eterno. De suerte que las mentiras que hasta entonces permanecían incoherentes, ridículas, fáciles de destruir, han tomado, entre aquellas manos hábiles una consistencia deplorable, y participan ya de la inmortalidad de las obras del genio que desgraciadamente las acogió.

Se necesitaría nada menos que un libro para discutir una por una todas aquellas falsas tradiciones. Dejamos esta tarea á otras personas. Por nuestra parte, nos limitamos aquí á referir únicamente dos clases de hechos, los unos probados por actas auténticas, los otros vistos ó

realizados por testigos irrecusables, varios de los cuales viven todavía. Los hemos preferido sin dificultad á los historiadores conocidos, ó á los autores de Memorias, por la razón grave y decisiva de que ninguno ó casi ninguno de estos (ni Barbaroux, ni Weber, ni Petion, etc.) tomaron parte en la batalla, y ni siquiera la vieron.

La batalla del 10 de Agosto parece uno de aquellos leales combates en que los dos partidos, desde larga fecha, han tenido cuidado de avisarse de antemano. La población de París, por una parte, y la corte por otra, dieron la mayor publicidad á los preparativos.

No hubo allí ninguna sorpresa. Se engaña completamente el que suponga que el rey fué atacado de improviso. Con una comuna en desacuerdo, un alcalde como Petion, con la desorganización absoluta en que se hallaban todos los poderes, con la fuerza militar de que podía disponer el rey, tenía más libertad para huir que había tenido nunca. Las masas, como vamos á ver, se reunieron con gran trabajo, tarde y muy lentamente. El 10 de Agosto, á las seis de la mañana, el rey pudo perfectamente irse, él y los suyos, con toda libertad, colocándose en el centro de un cuadro de suizos y de nobles. A dos leguas de allí montaba á caballo y llegaba á Normandía, donde era esperado. Vaciló, y la reina no trató de huir, creyendo seguro que por esta vez aplastaría la Revolución en el patio de las Tullerías.

Desde el 3 de Agosto, el barrio más miserable de París, el que sufría más el hambre en aquella parada cruel, sin paz ni guerra, San Marcelo, tomó su partido; envió comisionados á la sección de los *Quinze-Vingts*, invitando á sus hermanos del barrio de San Antonio á que marchasen juntos con armas; estos respondieron que irían.—Primera advertencia.

Otra el 4. La Asamblea había condenado la declaración sediciosa de la sección de *Mauconseil* y la Comuna se negó á publicar este decreto.

He aquí actos públicos y en verdad bastante claros. Al mismo tiempo muchos particulares querían obrar, se movían, conspiraban públicamente. Muchos reclaman aquí la gran iniciativa y pretenden haber hecho el 10 de Agosto.

«Soy yo», dijo Danton varias veces. Sin duda contribuyó mucho, pero menos por su acción inmediata que por su impulso que dió, ó aumentó, mucho tiempo antes, por su influencia sobre la Comuna, sobre Manuel, sobre Sergent y otros, acaso sobre el mismo Petion.

«Soy yo, dijo Thuriot (el 17 de Mayo del 92), el que antes del 10 de Agosto he señalado, preparado el instante en que era preciso exterminar á los conspiradores.»

«Soy yo, dice Carra á su vez, el que reunió el directorio insurrecto, el 4 de Agosto, en el *Cuadrante Azul*, y escribió el plan de la insurrección. Desde allí nos dirigimos á casa de Antonio, en la calle de San Honorato, frente á la Asunción, en la casa donde vive Robespierre.

Su patrona se quedó tan sorprendida que fué á preguntar á Antonio si quería que degollasen á Robespierre. A lo cual repuso Antonio: «Si alguien corre peligro de ser degollado, somos nosotros; en cuanto á Robespierre, que se esconda.»

Barbaroux, reconociendo que el 10 de Agosto fué consecuencia de un movimiento irregular que prepararon muchos hombres, se atribuye sin embargo una buena parte en la dirección del movimiento. También él trazó el plan de la insurrección. Aquel documento importante, que hubiera podido revelarlo todo, confiesa que lo dejó en el bolsillo de un traje de verano, y que aquel traje, con el plan, estuvo varios días en casa de su planchadora.

Acabamos de ver que Robespierre no se daba prisa en obrar. No había aconsejado el movimiento, pero no le perdía de vista, y sin mezclarse en él para nada, estaba dispuesto á aprovecharse del mismo. Mandó á decir á Barbaroux, con un abate andrajoso (después uno de los jueces del 93), que Panis le aguardaba en la alcaldía con Sergent y Feron. Estos dos últimos estaban influenciados por Danton. Pero Panis era hechura de Robespierre. Advirtieron á Barbaroux que era preciso convencer á los marseleses de que abandonaran su cuartel, muy alejado, y que se establecieran en los Franciscanos. Allí, situados cerca del Puente Nuevo, estaban mejor dispuestos para obrar sobre las Tullerías, colocarse á la vanguardia del movimiento y darle un impulso y una fuerza que no podían darles las bandas poco disciplinadas de los barrios. La ventaja era indudable para el buen éxito del negocio. Sin embargo había que tener esto presente: Danton reinaba en los Franciscanos; ¿iba á ser él el motor esencial, el agente principal? Esto fué motivo de inquietud para Robespierre. Salió de su reserva é hizo que rogasen á Barbaroux y á Rebecqui que se pasasen por su casa.

La habitación de Robespierre, adornada por madama Duplay, era una verdadera capilla, que reproducía en las paredes, sobre los muebles la imagen de un Dios sólo y único, Robespierre. A la derecha estaba su retrato en pintura, á la izquierda grabado. En el fondo estaba su busto, enfrente su bajo relieve. Además, sobre las mesas, había en grabados media docena de Robespierres. A cualquier lado que dirigiese la mirada, había de verse su imagen. Se habló de los marseleses y de la Revolución. Robespierre se jactó de haber apresurado su curso y contribuido más que nadie á la crisis en que se encontraban. Pero no ¿detendría la Revolución si no se escogía un hombre muy popular para que dirigiese el movimiento?...» «No, dijo brutalmente Rebecqui, nada de dictador, ni de rey.» Salieron pronto, pero Panis, que era el que les había llevado, no les soltó: «Habéis entendido mal, dijo. Se trataba únicamente de una autoridad de un momento. Si se aprobaba esta idea, nadie más digno que Robespierre.»

Todo el mundo, según la antigua rutina, creía que el movimiento se verificaría un domingo, el 5 ó el 12. El sábado 4 por la noche, dos

jóvenes marseleses fueron á la alcaldía y encontraron en el despacho á Sergent y á Panis. Aquellos jóvenes eran notables por su valor, su impaciencia y su dolor. Veían que se aproximaba el día del combate y no tenían nada en sus manos para combatir. Uno de ellos gritaba: «¡Pólvora! ¡cartuchos! ¡ó me pego un tiro!...» Llevaba una pistola y se la acercaba á la frente.

Sergent, hombre espontáneo, que tenía corazón de artista, de francés, comprendió que acaso era aquel el verdadero grito de la patria. Su respuesta fué echarse á llorar; su emoción se comunicó á Panis. Se jugaron las cabezas á un golpe de dados, y firmaron la orden que hubiera sido su sentencia de muerte (si no hubiera vencido Francia) para que se entregasen cartuchos á los marseleses.

La corte no se descuidaba. Durante la noche del 4 al 5 hizo acudir silenciosamente desde Courbevoie á las Tullerías á los fieles y temibles batallones de suizos. Se habían enviado algunas compañías á Gaillon, donde debía hallar el rey un asilo.

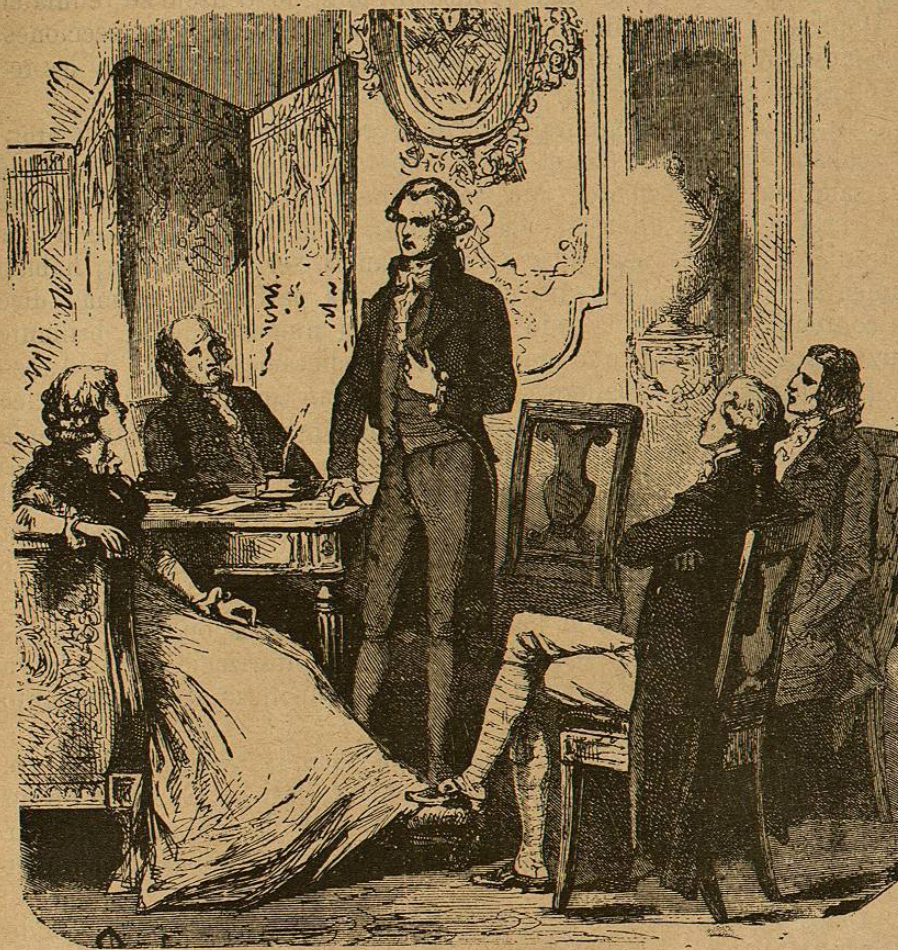
Aquel rumor de fuga circuló por París el lunes 6. Los federados decían que quería rodear el castillo. No eran más que cinco ó seis mil. Pero la sección de los Quinze-Vingts declaró que también ella marcharía á las Tullerías. Lo que le faltaba para esto era su jefe ordinario. Santerre había sido arrestado en su casa por el comandante de la guardia nacional; se aprovechó de esto y tal fué su respeto á la disciplina, que cumplió al pie de la letra la consigna en aquel día que parecía que debía ser el del combate.

Era imposible saber lo que quería la Asamblea. El 6 acogió una petición fulminante de los federados, que la amenazaban á ella misma, y dispensó á los federados los honores de la sesión. El 8 declaró que no había lugar á la acusación contra Lafayette. El informe de Juan Debry, el violento comentario que le añadió Brissot, no sirvieron de nada. La conducta ciertamente ilegal y audaz del general respecto á la Asamblea, aquel precedente que contenía la esencia del 18 brumario, fué disculpado. Cuatrocientos seis votos así lo declararon contra doscientos veinticuatro. Lo que acaso les disculpaba es la tentación natural á la resistencia, que daban á los diputados las amenazas que se les dirigían. Varios de ellos fueron golpeados á la salida; otros estuvieron á punto de perecer, librándose gracias á una pronta y secreta evasión de la venganza del pueblo.

En vano se quejaron en la sesión del 9. Las autoridades tuvieron que confesar disponían de pocos medios para reprimir los desórdenes. Roederer, procurador del departamento, acusó al alcalde porque no acudió á ponerse de acuerdo respecto de las medidas que debían tomarse. Advirtió que los Quinze-Vingts hablaban de tocar á somaten, de alzar el pueblo en masa, si no se acordaba el destronamiento del rey. Después el alcalde á su vez habló de los guardias de reserva que aquel colocaba en las Tullerías, dando á entender al mismo tiempo que no podían contar mu-

cho con ellos; «que toda fuerza armada se había convertido en cuerpo deliberante, y que como todos los ciudadanos tenían opiniones contradictorias.»

Un diputado fuldense pidió que los federados saliesen de París y que se preguntase al alcalde si *podía asegurar la salvación pública.*—



Reunión de patriotas en casa de madame Roland (Pág. 127)

«No, dijo el girondino Guadet, preguntádselo antes al rey.»—Y el jacobino Choudieu añadió que á quien había que hacer la pregunta era á la Asamblea. «Los peligros de la patria, dijo, están en vuestra debilidad, de la que nos habéis dado ayer un vergonzoso ejemplo á propósito de Lafayette. Aquí hay hombres que carecen de valor para tener una opinión. Los que ayer tuvieron miedo de un general, de un ejército, esos